

## SEGUNDA PLANA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

## Cultura en tiempo de asesinos

**Q**UÉ PAPEL juega la poesía en el tiempo de los asesinos? Los colombianos estamos hoy contra la pared, acorralados por la cólera de una minoría de asesinos... La poesía es una de las pocas formas que tiene una sociedad para conocerse a sí misma. Aun en el caso de que quiera evadirse de la realidad, esa evasión quiere decir mucho sobre lo que ocurre en su sociedad."

La persona que así habló en el Centro de Exposiciones de Medellín, es María Mercedes Carranza, escritora y directora de la institución Casa de José Asunción Silva, de Bogotá, y de la revista literaria *Casa Silva*. Su apellido sonará, sin duda, en la memoria de muchos escritores y críticos españoles, sobre todo de los de cierta edad, pues lo asocian al del poeta colombiano Eduardo Carranza, que vivió varios años, y que escribió mucho, en Madrid, en el Madrid de los años cincuenta y sesenta, vaya. Y los que asocian ambos apellidos, aciertan: María Mercedes es hija del ya fallecido Eduardo Carranza.

Sorprende la valentía de esta mujer, y no sólo por lo que dijo, sino también por dónde lo dijo. Si Colombia parece un terremoto de violencia, la ciudad de Medellín es sin duda su epicentro, triste honor en el que la acompañan otros centros sísmicos digamos menores, y es un decir, como lo son Cali y Bogotá.

Hay muchísimos colombianos, la inmensa mayoría, que no tienen un proyecto de progreso social en el que creer, que no saben qué puede hacerse para pacificar el país. Votan, sí, aunque la abstención es grande y los fraude en el recuento de votos y en la anterior compra de votantes por parte de los caciques de extrema derecha, son clamorosos. Votan a la opción política menos catastrófica, que en las últimas elecciones han creído que era el Partido Liberal del candidato César Gaviria, sucesor del asesinado Carlos Galán, dejando atrás al partido ultraconservador Movimiento de Salvación



Una guerrillera colombiana dispara su arma al aire.

AP/Ricardo Mazalán

Nacional, a la Alianza Democrática M-19 y al tradicional Partido Conservador. Veremos.

Las palabras de María Mercedes Carranza expresaban el desasosiego y la impotencia de los mejores intelectuales y artistas colombianos. Materialmente no pueden hacer nada, pero se niegan a formar parte de la que allí

llaman algunos *cultura de la muerte*. Son un testimonio más, entre otros muchos que se dan en la población, del repudio al crimen, a la corrupción y también al miedo. Testimonio valioso, pero que incide poco en el cuerpo social del país, y ellos lo saben. Pero están ahí, dejan oír su voz entre otras muchas, o bien con su evasión e inclu-

so su silencio, que no quiere ser cómplice, sino acusador, rechazan la espiral de odio, y siguen trabajando, dando clases, mítines o lecturas, y animando con su presencia cultural y también pública de Colombia, en donde, bastante a precario, la vida sigue, en este disparo de asesinatos y corruptelas que terminará algún día.

Ensayistas, catedráticos y profesores, como Hernando Valencia, Santiago Mutis, Rafael Gutiérrez Girardot o Tomás Ducay –un español que lleva más de veinticinco años en Bogotá–, novelistas y poetas como Álvaro Mutis, Manuel Mejía Vallejo, Moreno Durán, Óscar Collazos, Samuel Jaramillo o Gloria Moseley –y cito sólo unos cuantos nombres de personas a las que ya conocía hace años o que he conocido más tarde en Bogotá– continúan seriamente con su trabajo, que alternan con salidas al extranjero por razones de oficio: España, Francia y Alemania son cuarteles de invierno.

Es comprensible, sobre todo entendiendo su vida en Colombia: la situación les sobrepasa, la solución o las soluciones al caos no están en sus manos, sino en la decisión de una mayoría de ciudadanos, que ellos apoyan desde ya, que un día –hay que esperar que sea pronto– elijan nuevos gobernantes que reconduzcan al país hacia una democracia auténtica, limpia y pacífica, no como la actual, que solamente es formal, que sólo está en el papel.

En la vida cultural colombiana se hace notar la ausencia de Gabriel García Márquez, y no su ausencia física, sino además algún pronunciamiento sobre la situación del país, alguna denuncia de tanta iniquidad. Se sabe que está en México, y que desde allí se desplaza a París, a Barcelona o a La Habana; a Colombia llega pocas veces, casi de incógnito y rodeado de fuerte vigilancia. No es que su vida corra grave peligro, no creo que nadie esté interesado en cometer un crimen impopular, salvo algún loco, que los hay: pero como rehén para un cuantioso rescate, sí es válido.

Mientras tanto, escritores y artistas siguen allí. “¿Dónde vamos a ir, *carajo*? Este es nuestro sitio”, escribe Hernando Valencia. Sí, su sitio. Y cualquier cosa menos la rendición, el conformismo o la indiferencia.

♦ José Agustín Goytisolo es escritor.